

## La sonrisa de Hans ·capítulo 5·

La playa en la que se encontraba no era la que andaba buscando. Ciertamente, Hans no sabía muy bien cómo llegar a ella aunque no estaba preocupado por eso. Pensó en ir volando, en ir comparando las playas y en aterrizar en aquella en la que dos rocas gigantes le señalasen el camino. Pero no tenía prisa y se puso a pasear cerca de la orilla, quería llegar a una especie de puente natural que las rocas y el mar habían formado en la misma playa. Disfrutó del paseo, se iba fijando en el horizonte, en el cielo, en alguna gaviota que silbaba cruzándolo o, simplemente, en cómo el agua de aquel maravilloso mundo virtual mojaba sus pies.

Se detuvo bajo el puente, en una poza tibia y de poca profundidad que allí se había formado. El agua le llegaba hasta la rodilla y Hans sonrió al comprobar cómo él mismo se había convertido en un puente. Un pequeño banco de pececillos cruzaba bajo sus piernas y a nadie se le hubiera ocurrido decir que no sabían a donde iban pues sus movimientos eran decididos y siempre en la misma dirección. Fue allí, cuando los peces se alejaron y terminó de cruzar el puente, donde vio a un viejo cerca de una barca. El anciano estaba pintando un nombre en la embarcación que parecía tan vieja como él y lo hacía ajeno a la presencia de Hans que, inmóvil, le miraba a unos diez metros.

- Buenos días- se decidió a decir Hans
- Ah, buenos días, buenos días. Tú eres el visitante. ¿ Te gusta la playa?
- Sí. Este puente es muy bonito.
- Sin duda. El arco de piedra merece todos tus elogios.- le dijo el anciano sin dejar de pintar.- y esta brisa oxigena el cerebro.
- Estoy buscando una playa.
- Y por qué. Me acabas de decir que esta te gustaba. ¿No me habrás mentado?
- No, no. Esta me gusta mucho pero la que yo busco tiene dos rocas gigantes.

- Sí, la conozco. Tiene dos rocas gigantes y algún secreto. ¡ Preciosa playa! Pero tendrás que ir al oeste. A la región de Chania y seguir su desfiladero.
- Muchísimas gracias, iré volando.
- No lo dudo- le dijo el anciano.

Hans cruzaba de nuevo por debajo del arco de piedra mientras el hombre trazaba la última línea sobre la barca en la que ahora se leía un nombre: *Cafira*

Se adentró entonces en la isla. Para su sorpresa, tuvo que elevarse extraordinariamente pues se topó con unas montañas enormes. El altímetro que figuraba bajo la brújula y que, como ella, parecía flotar, marcaba 2100 metros. Había estado ascendiendo a la sombra de tales montañas, pero una vez superadas el sol volvió a brillar y ante él apareció toda la isla. Su vuelo giró hacia el oeste y se convirtió en un descenso cada vez más rápido hacia el desfiladero. Su velocidad se incrementaba y el deseo por encontrar la playa de las rocas gigantes también.

*... Siente su arena bajo los pies, siente el agua, entra en su mar y baja a la cueva donde descansa la diosa. Escúchala. Ella te dará un regalo y te dirá cómo encontrarme.*

El mensaje se repetía en la cabeza de Hans y diciéndolo sin darse cuenta llegó al final del desfiladero que desembocaba en una playa de arena blanca. Dos enormes rocas como dos columnas marcaban la entrada y él pasó entre ellas satisfecho por haber llegado. Cruzó el ancho de la playa en dirección al mar y sin detenerse entró en el Mediterráneo.

